

Moro, decapitado más tarde— no pudo tener inmediatamente el éxito de *librería*, como decimos hoy, porque las gentes a quienes más interesaba leerlo no sabían leer. Y el libro de Erasmo cayó en los círculos eruditos, en los sótanos políticos, para producir algunas explosiones de ira concentrada, pero risa continental también. No se trataba sólo de un libro con espíritu clásico; había en él un desenvolvimiento sistemático de propósitos, de demostraciones, como para indicar al ceño de Europa que al lado de tanta gravedad filosófica existía en el mundo una luz humanísima: la risa, y al lado de ésta, la Locura, inspiradora de todos los actos del hombre. Pero la época de Erasmo logró conocer íntegro el libro, por medio de repercusiones de capa en capa de la sociedad europea. Su efecto pareció diluirse en la lentitud del tiempo: pero a la distancia en que nos encontramos, nosotros podemos medir su obra de flexibilización en los orinecidos goznes de la estulticia política de los finales de la Edad Media. Ya en pleno Renacimiento la obra de Erasmo es popular.

Erasmo no pudo, desde su tiempo, ventear en el horizonte una forma de locura que no fuera la suya propia. En él, la locura toma las maneras encantadas de una Providencia de fértiles pechos; como que todo él viene de Grecia,

en un dulce correr de ría inocente, donde la vida desenfadada echa barquillas de papel. Nosotros conocemos hoy un nuevo género de la Locura: la gran Locura trágica del Apetito Universal convertido en festín de Atreo. Ya no sonrío la Locura: ahora se bate, a mansalva y sin previo aviso, tomando por tarima de combate la existencia misma de los pueblos.

En tiempos de Erasmo no existía la *locura técnica*. Esta paradoja horrible es de nuestro tiempo; ¿puede verse una cosa más trágica que la razón científica al servicio de una locura furiosa? Se trata de un nuevo género de locura, totalmente desconocido de la antigüedad. De una locura que fríamente penetra en los laboratorios y se arma en silencio para pulverizar ciudades enteras. Y esto pretende hacerse en nombre de la Razón, convertida en lacayo de los Señores, cuyo dominio se esfuma en las manos liberadas del Pueblo.

Si se consulta, como signo externo, la sonrisa de los actuales *Coductores* de pueblos "totalitarios", se advertirá que en vez de la plácida distensión de las comisuras de los labios, hay la contracción de la mueca, el mordisco disimulado bajo las actitudes pomposas y el trabajo de los maxilares que cascan una avellana demasiado dura.

Y es que en tiempos de Erasmo se luchaba

y se sonreía por la adquisición de una migaja en el banquete universal. Hoy la lucha es del todo por el todo, y esto elimina la posibilidad de sonreír.

RAFAEL CARDONA

No, yo no les dejo...

¡A los borrachos se les deja como están! exclamó una india, al ver que otra mujer compasiva hacía por enderezar a un muerto vivo, que se hubiera ahogado a causa de la postura. Este principio admirable tiene toda su fuerza en el Ecuador. A los borrachos se les deja como están: a los tributarios, los galeotes, los rayas, los idiotas, los difuntos se deja como están; ¡No! yo no les dejo: si mío fuera, a todos les enderezara. Yo puedo salvarme en nuevo destierro: llamaré patria cualquier rincón del mundo donde pueda vivir libre, como Marco Bruto, y no me quedaré como están mis compatriotas. Pero ellos, pero el pueblo, pero todo el mundo no puede irse, no puede retraerse y libertarse con la ausencia. Preciso es no dejarles como están, y levantarles con palanca y hacerles rodar hasta que se despierten. No, no están dormidos: el sueño de García Moreno ha sido su despertamiento. Despierto estaba Guayaquil el diez de agosto, despierto Quito el dos de octubre. Despiertos se hallan los pueblos; pero como benignos y amigos de esperar, tienen el ojo abierto y el oído atento para ver y oír: "Estamos esperando", dicen en Guayaquil; "Estamos esperando", dicen en Quito: "Estamos esperando", dicen en todas partes. Señores altos, señores fuertes, lo veis: los ecuatorianos no quieren que se les deje como están, ni entienden eso de ponerse a deshacer hebra a hebra la sórdida peluca de Gargantúa. ¡Reformas en veinte años! En cuatro meses las tenemos, y Dios sea con nosotros.

Con esto no perderán sino los afectos al despotismo: los ricos, los aristócratas, los soberbios, los amos por naturaleza que en todo tiempo y en todo país han sido aliados del poder absoluto, oficiales de la tiranía. El gobierno popular no es de su genio: donde reina la igualdad se miran pequeñitos; la fraternidad les envilece y humilla. Apiñados alrededor del tirano, le ponen la espalda para que pise en ella, y forman con él un solo cuerpo. Caríatide gigantesca, es el adorno del templo cuyos dioses no acaban de hartarse del oro y la sangre de los pueblos. Esos perderán con la reforma: los enfermos del alma, los que la tienen llena de tubérculos denegridos, y se aloriarán de semejantes flores de la servidumbre. Matar a estos enemigos, no es preciso para salir con la victoria: en el color, en el olor se les conoce: el pueblo les olerá y dará con ellos en el lazareto. Hay gente sin ventura que clama por la servidumbre: ¡pueblo! al hospicio con ellos. El contagio no es ya simple teoría.

(Juan Montalvo. *El Regenerador*, tomo primero. Garnier Hnos. París).

Tablero...

(Viene de la página 173)

a Costa Rica. Yo no les daría el voto a menos que hablaran castellano o estuvieran casados con una del país o hubieran nacido ahí.

Adiós, querido Don Joaquín. Si aquella carta no va y puede que no debe ir, escribiré otra. Pero con nombres y datos concretos.

La guerra no la gana Franco, la pierde el Gobierno, y la víctima, el pueblo español.

P.

Erase una vez...

(Viene de la página final)

trar en la iglesia de noche?—pregunta Sonia.

—Para matar a los guardianes; todo el mundo lo sabe.

Todos quedan silenciosos algunos momentos y se miran unos a otros temerosos.

El juego sigue. Esta vez gana Andrei.

—¡Ha hecho trampas!—declara repentinamente Aliocha.

—¡No he hecho ninguna trampa! ¡Mientes!

Andrei palidece, contrae la boca y ¡pan! le da a Aliocha un golpe en la cabeza. Este abre desmesuradamente los ojos, salta furioso encima de la mesa y a su vez le da a Andrei un bofetón... Sonia, que no puede soportar horrores semejantes, llora también y el comedor retiembla de sollozos. Pero no crea usted que el juego termina por este motivo. No transcurren cinco minutos sin que los niños vuelvan a charlar pacíficamente y a reír. Las caras están aún llorosas; pero a pesar de esto sonrían. Aliocha está satisfechísimo: ¡ha habido pelea!

En el comedor entra Vasía, el colegial de quinta clase. Su aspecto es dormilón y desencantado.

—¡Es abominable!—murmura notando cómo Gricha tiene su bolsillo, en que suenan los copecs—. ¡Cómo se puede dar dinero a los niños y permitirles jugar a juegos de azar! ¡Buena educación!... ¡Abominable! ¡Abominable!

Pero los niños juegan con tanto afán, que le asalta el deseo de probar también su suerte y de distraerse con ellos.

—¡Aguardaos un momentito, yo jugaré también!

—Pon un copec.

—¡Ahora!—dice buscando en sus bolsillos.

—No tengo copecs; tengo un rublo. ¡Pongo un rublo.

—¡No, no; un copec!

—¡Sois unos estúpidos! El rublo vale más que un copec—les explica;—el que me gane me dará la vuelta.

—No, no; haz el favor de irte.

El colegial encoge los hombros y se dirige

a la cocina a pedir a los criados alguna moneda suelta; pero en la cocina no hay moneda suelta.

—En tal caso, cámbiame el rublo—le pide Gricha al volver de la cocina—; te pagaré por el cambio. ¿No quieres? Entonces, véndeme diez copecs por un rublo.

Gricha mira a Vasía de reojo; sospecha algún engaño... no se fía.

—¡No quiero!—repite y aprieta su bolsillo.

Vasía empieza a encolerizarse, riñe con los jugadores, les llama "brutos y cabezas de asno".

—Vasía, te prestaré yo—dice Sonia.—¡Siéntate!

El colegial se sienta y pone delante de sí dos cartones. Ania lee las cifras.

—¡Se me ha caído un copec!—exclama Gricha inquieto.—¡Esperad!

Cogen la lámpara y se arrodillan debajo de la mesa en busca del copec. Se empujan con las cabezas; sus manos sólo encuentran cáscaras de nueces, pero no el copec. Vuelven otra vez a buscarlo, hasta que Vasía le quita a Gricha la lámpara de las manos y la pone en su sitio. Gricha sigue sus pesquisas a oscuras.

Por fin encuentra el copec. Los jugadores vuelven a sentarse y quieren proseguir el juego.

—¡Sonia está dormida!—declara Aliocha.

Sonia tiene su cabecita rizada puesta en los brazos cruzados y duerme con un sueño dulce y tranquilo, como si estuviera en su cama. Se durmió sin notarlo mientras que los otros buscaban el copec.

—Anda, échate en la cama de mamá; acuéstate—le dice Ania sacándola del comedor.—¡Vámonos!

Todos la acompañan, y cinco minutos después la cama de mamá ofrece un espectáculo extraordinario: Sonia duerme; al lado suyo ronca Aliocha; Gricha y Ania tienen las cabezas descansando en las piernas de sus hermanas y están igualmente profundamente dormidos, así como el hijo de la cocinera, acurrucado al pie de la cama. Alrededor están esparcidos los copecs, que han perdido su valor hasta el próximo juego. ¡Buenas noches!

ANTÓN CHEJOV